

FACTORES IDEALES DE LA INTEGRACION EUROPEA

Si es cierto que todo gran fenómeno histórico es fruto de provocaciones previas más o menos catastróficas en correlación con su trascendencia, según la conocida tesis de los *challenges* de Toynbee no cabe duda que a la profunda crisis padecida por Europa en la Segunda Guerra Mundial ha de seguir una reacción trascendental, a no consumarse su ruina de modo definitivo. Por el momento nos hallamos aún en una fase que pudiéramos llamar expectante; en que persisten, aunque bien maltrechos, los valores de la era anterior a la gran catástrofe. Disminuído su significado en todos los órdenes, en lo espiritual como en lo político y lo económico, el papel que Europa ostentara en el orbe, al menos desde los días de Alejandro, parece haber cesado de un modo aparentemente definitivo. Por añadidura, es un hecho asimismo incontrovertible el de su situación minoritaria en la comunidad internacional, lo que acaece por primera vez en la historia. En el cenit de su poderío, la Sociedad de Naciones llegó a contar con veintiocho países europeos en un total de cincuenta y seis inscritos (en 1930); en la constitución de la ONU, en cambio, figuraron solamente catorce en un cupo de cincuenta y uno (en 1960 la proporción descendió de veintisiete frente a noventa y cinco).

Si de lo cuantitativo pasamos a lo cualitativo y del recuento de votos a la potencia real, el panorama de lo europeo resulta aún más minimizado, al situarse en el centro fatal de los dos colosales bloques de los EE. UU. y la U. R. S. S., y agudizarse el declinar de los imperios británico y francés. Añádase a ello la deserción voluntaria o forzada de algunos nominales miembros de la comunidad europea hacia uno de ambos (fenómeno de los Estados satélites), y se verá cómo el proceso de disminución de Europa alcanza proporciones angustiosas, casi parejas a las del ocaso del Imperio romano de Occidente. Con la agravante, por ende, de su falta de unidad y jerarquía, agudizada la amorfa pluralidad de las nacionalidades ochocentistas, a las que casi resulta irrisorio el apelativo de «soberanas».

A nadie se oculta que este estado de cosas, notablemente el de atomización

nacional, es insostenible a la larga, ya que su persistencia equivaldría al suicidio moral y quizás físico de Europa. No ya para la restauración de una quizás quimérica hegemonía real como la de antaño, sino para las condiciones mínimas de su subsistencia, se hace necesaria la tarea de su unidad, superando el anárquico individualismo nacional en que se debate, que, como todos los individualismos, es un lujo, precioso si se quiere, pero hoy por hoy imposible, por lo que se impone su sacrificio, por doloroso que para algunos sea. La disyuntiva es si ese sacrificio ha de ser voluntario, como el que está en vías de realizarse en Occidente, o forzoso, como el ya consumado en Oriente. La elección no parece dudosa, cuando aún se puede elegir, pero resulta todavía difícil, como lo son todos los sacrificios previos, los realizados en frío sobre todo.

En cuanto a los medios de lograr el fin unitario, sabido es que los de fuerza fracasaron siempre, tras de espectaculares triunfos fugaces, desde Carlomagno a Hitler, pasando por Carlos V y Napoleón. Han de ser descartados no sólo por eso y por su intrínseca injusticia, repugnando a la sensibilidad del mundo actual, sino por ser imposibles en el estado de impotencia a que Europa ha llegado, precisamente por los ensayos realizados en tan nefasta dirección. Estado de impotencia que, paradójicamente, viene a garantizar su paz interna «desde dentro», por una especie de *balance of unpower*, quizás más eficaz que la de *powers* clásica. Queda siempre, claro está, el riesgo de una unificación «desde afuera», que parecía definitivamente alejado desde las Termópilas y Lepanto, pero ello no sería ya unificación, sino sometimiento a hegemonías extrañas, el definitivo *finis Europae*, que es lo que se trata de evitar primordialmente por el remedio unitario interno, el único concebible y deseable en la circunstancia presente.

Se alegrará, y ello es cierto, que los medios voluntarios y pacíficos de unificación se han ensayado y fracasado también, sin lograr siquiera los fugaces éxitos de los de imposición bélica. Posiblemente la causa del malogro de aquéllos haya sido la ausencia de absoluta necesidad, que es la que casi siempre determina las revoluciones históricas permanentes, por ser lo real, en la mejor dialéctica, una consecuencia inseparable de lo ideal. Lo que fué imposible en días de soberbio equilibrio de fuerzas y riquezas, quizás no lo es en los de triste penuria e impotencia. Pues son estos factores que unen a los hombres, y quizás a los pueblos, con vínculos más fuertes y duraderos que los opuestos. Sabido es que antes se unen y compenetran los proletarios que los magnates, y Marx bien lo sabía al lanzar al mundo la famosa consigna unitaria de su *Manifiesto*; como que las familias mejor avenidas suelen ser las menesterosas, desuniéndose con la mayor frecuencia al sobrevenir las particiones de herencia. Ahora bien, la Europa de la trasguerra es en su actual fragmentación

un continente de proletarios, una familia de miembros pobres sin la más remota expectativa de herencia o botín, viviendo precariamente entre el temor al «dómine» de Rusia y la tenue esperanza del regalo del rico «tío» de América.

Mentadas las dos grandes potencias mundiales en cuyas respectivas órbitas oscila el péndulo de lo europeo, la historia del fabuloso progreso de ambas es perenne ejemplo del manido tópico de la unión generando la fuerza. Una y otra son federaciones que por unos u otros medios, han conseguido superar el aniquilador secesionismo nacional por que también pasaron y en el que todavía se encuentra Europa. Los procedimientos empleados son harto sabidos, y que, por descontado, no admiten parangón, pero no resulta ocioso hacer notar algo de la mayor importancia. Que no impidió el unitarismo americano o ruso, antes bien, lo aceleró seguramente la existencia de rivalidades anteriores y aun sangrientas contiendas fratricidas, de las que la guerra de secesión y los levantamientos nacionales rusos son elocuentes ejemplos. Tampoco se acreditaron obstáculos insuperables las diversidades religiosas, raciales y lingüísticas, constituyendo los EE. UU. y la U. R. S. S. los más poderosos crisoles en que se aunaron las procedencias más heterogéneas y antagónicas. Pero lo que posiblemente, aparte de otros factores episódicos, sirvió de aglutinante más eficaz para la realización de las federaciones citadas, no fué otro que el del convencimiento de su insuficiencia nacional en régimen de aislamiento. América y Rusia se federaron por pobres y débiles, siendo de creer que en un estadio ulterior de poderío y riqueza de los Estados singulares no se hubiera llegado a tal fin, o de ser éste logrado por imperativo de las armas, no hubiera permanecido con el vigor y consistencia de que hacen gala. En ambos casos obró de revulsivo un parejo clima de revolución y miseria, imponiendo la unión so pena de sucumbir irremisiblemente: América, al poderío de Inglaterra, ansiosa de reconquista y revancha; la U. R. S. S., ante los horrores del bloqueo y el intervencionismo de los aliados victoriosos. Actos casi de desesperación, de necesidad por lo menos, luego se acreditaron de la utilidad más evidente, impidiendo las veleidades centrifugas de dispersión. Lo que puede servir, al menos de consuelo, ya que no de estímulo, para alejar el pesimismo de quienes no creen propicio el momento europeo para el logro de paralelos propósitos comunitarios. Lo es, por el contrario, en grado sumo y desde los más variados puntos de vista.

En primer término, parece imponer la unión la geografía y concretamente la geografía económica, tan decisiva en el mundo actual, pues nada hay tan en pugna con la fragmentación como el fenómeno vertiginosamente creciente de la expansión industrial y comercial. Correlativamente a su progreso, el mundo se achica, y Europa, ya reducida de por sí, disminuye a ojos vistas, en tér-

minos que recuerdan la fábula de la piel de zapa. Todo se ha dicho sobre el absurdo económico de la fragmentación de Europa, escindida en una treintena de Estados, sedicentes «soberanos», en un área de 9.947.286 kilómetros cuadrados (contando la de Rusia europea, que absorbe la mitad). Tal minifundismo, insensatamente acrecentado por los tratados de paz de 1919, pudo persistir sin mayor quebranto cuando tres o cuatro de los países europeos eran prácticamente dueños de gran parte del orbe y de sus riquezas, viviendo los demás de los restos del espléndido botín. Pero en la realidad económica actual, perdidos los imperios y llegados casi todos los países a su mayoría de edad industrial y técnica o en vías de ello, la situación es obviamente insostenible por mucho tiempo. Lo está, de momento, por la fuerza de la inercia, y políticamente al calor del precario y peligroso equilibrio entre los dos colosos rivales amagando terminar en una total desintegración o en girones de botín.

La bipartita escisión mundial en los consabidos bloques antagónicos opera, en lo que atañe a Europa, en una doble y contradictoria dirección: la integradora de unirse para evitar su servidumbre, pero también la de resignarse a tal resultado como algo inevitable y fatal, optando por disgregarse e ir cada porción europea a la esfera de atracción de las superpotencias rivales. Esta segunda solución, que ha de ser fatalmente la única, de malograrse la primera, es la del mínimo esfuerzo, y por lo mismo la más peligrosa, pudiendo acaecer tanto por el camino de la conquista o por el expreso o tácito acuerdo de reparto de influencias, al modo como en los días áureos de Europa sus soberanos se distribuían el resto del mundo. No es, por descontado, solución europea, sino que lo sería americana y rusa, que, de otra parte, sólo resolvería los problemas de un modo provisional, hasta digerir el botín y surgir nuevas inevitables ocasiones de codicia y fricción.

El último recurso, pues, que a Europa queda, hasta por vía lógica de exclusión, es el de su hermanamiento solidario del modo más coherente posible, que puede ir desde el entendimiento económico a la confederación, e incluso a la unión federal, *desideratum* de tantos espíritus egregios. El primer paso parece estar dado, precisamente en lo económico y como impuesto por las necesidades subsiguientes al terrible *challenge* de la guerra. Podrá parecer escaso timbre de nobleza este resultado, el de la Comunidad del Carbón y el Acero, las sesiones de los Seis y los Siete, el Consejo de Europa, poca cosa sin duda, junto a las bellas utopías prodigadas desde Kant a Koudenhove-Kalergi, pero es posible que su misma modestia sea prenda de estabilidad, que es lo que importa. Mas, aun reconociendo y celebrando estas realidades, importa muy mucho complementarlas con otras no menos reales, aunque de estirpe espiritual, llamadas a reafirmarlas. Lo real y lo ideal, que es real también aunque en otra esfera, han de ir entreverados en dosis homeopáticas, por así de-

cirlo, ya que lo real material tan sólo no es más que deleznable materialismo histórico, y lo ideal sin lo real vana entelequia. El gran papel reservado a los intelectuales europeos conscientes de sus magnas responsabilidades de esta hora es el de apoyar las tendencias unitaristas, cada cual en su especialidad y eventual esfera de influencia, por mínima y modesta que fuere y por distanciadas que sean las procedencias ideológicas, casi todas compatibles, salvo las totalitarias, en el magno ideal en marcha. Un notable ejemplo de ello nos lo ha prestado en Roma el Pontífice Pío XII, uniendo sus augurios de Unión Europea a los del jefe socialista belga Spaak (1).

Se ha aludido ya a la situación del problema en su ámbito, que pudiéramos llamar local, en que las circunstancias materiales no pueden ser más propicias. No lo son menos, ciertamente, en la total perspectiva mundial, en que la unión europea se ve asimismo favorecida por el doble paralelo fenómeno del fracaso de los ecuménico y progreso de las integraciones regionales. Si como dice el proverbio francés, «lo mejor es a veces enemigo de lo bueno», el ideal tan sublime de la federación universal y de la unidad humana institucionalizada ha sido en su utopismo desenfrenado un acicate para la realidad de uniones más modestas, pero harto más concretas. Y el fracaso consumado de la Sociedad de Naciones ginebrina y el latente en su sucesora la ONU, ha venido a vigorizar de rechazo los entendimientos y vínculos de dimensiones locales, surgiendo por doquier las tentativas más o menos logradas de regionalismo que se llaman Unión Panamericana, Liga Árabe, OTAN o Consejo de Europa. Por mucho que en estas uniones se proclame su adhesión a la ONU y sus esencias, ello es un poco a modo de «cláusula de estilo», que no logra celar el fondo de desconfianza en la eficacia de lo universal, que, de ser cierta, haría obviamente superfluas tales agrupaciones, las de tipo de alianza sobre todo. En todo caso, es en este ambiente de frustración de lo mundial y de fe en lo regional homogéneo donde nace bajo los mejores auspicios el propósito integrador de Europa, más bien en cauta zaga de realidades precedentes que en revolucionaria vanguardia de osada experimentación. Modelos y ejemplos, en lo bueno como en lo malo, para seguir o evitar, no han de faltar ciertamente. La parva realidad institucional de las realidades logradas, aun la más esperanzadora del Consejo de Europa, con su bandera, en que campean sobre azul las doce estrellas de oro, no excusa el reconocimiento de graves obstáculos contra los que es menester librar la batalla ideológica decisiva. Los hay

(1) Sobre el punto de vista oficioso de la Iglesia en torno a la unión europea, véanse los artículos de MESSINEO en *Civiltà cattolica*, dic. 1956, pág. 484, y enero 1957, página 23, así como el de THIBAUD, en *Angelicum*, de Roma, julio-septiembre 1956, página 267. En lo filosófico, v. DEL VECCHIO: *In torno a gli Stati Uniti d'Europa*, Roma, 1953, 2.ª ed.

de toda índole y dimensión, aparte de los políticos externos e internos, cuyo examen exigiría demasiado tiempo, siendo, por lo demás, sobradamente conocidos. Bastará considerar algunos de tales factores regresivos de estirpe ideal y aun sentimental, singularmente el más potente de todos, pese a su carácter de mito, o quizás por eso mismo: el de las soberanías. En tanto que éste no sea superado, debelado más bien, los mejores esfuerzos han de resultar baldíos.

Es, pues, tarea primordial de la filosofía del Derecho y del internacional luchar por todos los medios contra el viejo tabú de las soberanías absolutas, cuyo fantasma (pues escasa o nula es su realidad actual) se yergue fatalmente para impedir todo progreso decisivo en el camino de la integración comunitaria, de cualquier signo que fuere. Es condición *sine qua non* en la de Europa, donde el mito surgió al socaire del absolutismo renacentista, se exacerbó con el despotismo ilustrado y el jacobinismo, abocando al desatentado nacionalismo ochocentista, raíz de todas las desventuras continentales cuyos frutos recogió el siglo XX.

Históricamente considerado el asunto de las soberanías nacionales, no hay inconveniente alguno en reconocer que tal idea tuvo un momento en que sirvió como palanca de progreso, singularmente en la lucha unitaria contra el feudalismo y en la superación de anacrónicos signos diferenciales regionales. Luego, empero, se ha transmutado en instrumento de estancamiento y de reacción, al acreditarse inservible para ulteriores integraciones y para las necesidades político-económicas de la actualidad, singularmente en la diminuta y fragmentada Europa. En ella las clásicas nacionalidades son tan perturbadoras en el día de hoy y tan anacrónicas como pudieran serlo los feudos en el siglo XVIII. Por añadidura, ya se ha dicho, son fantasmas, aunque maléficos y eficientes, como los ibsenianos, pues a nadie se oculta que en la situación del mundo presente la soberanía para su íntegra realización cotidiana, precisa condiciones de poderío y autosuficiencia que apenas se dan en las superpotencias más continentales que nacionales, como los Estados Unidos y la U. R. S. S. En el resto del orbe, y más todavía en la entera Europa, son ficciones que viven la inercia de su vida espectral en espera del holocausto final que dé al traste con la precaria situación vigente.

Es sumamente instructivo el observar, a este respecto, que sea el enemigo máximo de la unión europea, la Rusia soviética, el actual campeón jurado del dogma de las soberanías, pese a su obvia contradicción con los postulados del internacionalismo marxista (2). Al hacerlo así, contra todo funda-

(2) El propio Stalin cantó las excelencias de las soberanías nacionales en su discurso de 6 de noviembre de 1943, y el mismo argumento sirvió a Molotov para opo-

mento filosófico, es por servir a las immediateces políticas, entendiendo, con sobrada razón, que la doctrina de las soberanías nacionales es prenda de escisión y secuela de conflictos, favoreciendo los propósitos imperialistas extraños. De ahí que *eadem ratio*, y por la común progenie hegeliana, defendiesen asimismo el dogma de las soberanías hasta extremos de mística exaltación los fascismos italiano (Gentile) y el alemán (Carlos Schmitt) con el aforismo positivista y totalitario a la vez del *extra statum nulla salus*. Remontándonos más allá en el tiempo, no es difícil enlazar estas direcciones con las revivencias paganas que el Renacimiento y el Barroco restauraron y que hallan su más perfecta expresión en el utilitarismo de Maquiavelo y en el absolutismo de Bodin, con su fórmula de *summa in cives ac subditos legibusque soluta*. Positivismo y absolutismo estatal van de la mano, por sustituir uno y otro el valor óntico y trascendental de la Justicia por el inmediato material del Poder soberano.

Enunciados los puntales ideológicos modernos del absolutismo soberano, pues sería ocioso remontarnos más allá, hasta el bizantinismo y las tiranías orientales, no son menos claros los movimientos opuestos a su perturbador dominio. Antes que ningún otro, por descontado, el Cristianismo y la Iglesia, que en la Escolástica medieval y renacentista española supo poner un dique insoslayable a las pretensiones cesáreas a la sazón nacientes y renacientes, oponiéndose tanto al absolutismo interno como al externo y por iguales razones (3). Otra gran corriente de oposición fué la del humanismo, en su doble forma renacentista e iluminista, coincidiendo cronológicamente con los dos más fuertes movimientos adversos.

Un grave eclipse sufren las ideologías unitarias a lo largo del siglo XIX, arrolladas por el impetuoso auge del despertar de las nacionalidades coexistiendo con el del imperialismo y aparente entronización mundial de lo europeo. Tratóse, sin embargo, de un eclipse parcial, que no hubo de resistir al inmediato malogro de tantas ilusiones, patente en la primera confla-

nerse en San Francisco, en mayo de 1945, a la propuesta del senador Vandenberg para un eventual derecho de la ONU a revisar los tratados concertados por sus miembros, y a la U. R. R. S. para negarse oficialmente a participar en la Conferencia de París de 12 de julio de 1947, entre tantos y tantos ejemplos de regresivo «tradicionalismo». El profesor KRYLOV, a fuerza de exaltar el principio de las soberanías, llega a la extraña paradoja de tachar el proyecto de Superestado mundial de «utopía reaccionaria en su esencia». (V. su lección *Les notions principales du Droit des gens: la doctrine soviétique du Droit international*; en «Recueil des Cours de l'Académie». La Haya-París, 1947, I, pág. 435.)

(3) Sobre la doctrina clásica española, aparte los estudios generales y de historia, la monografía de E. BULLÓN: *El concepto de soberanía en la escuela jurídica española del siglo XVI*, Madrid, 1936.

gración mundial del presente siglo. Es entonces cuando, por inevitable reacción, el unitarismo irrumpe con inusitado vigor no ya sólo en el campo de la libre especulación filosófica, sino en el del Derecho político e internacional, valiendo como sus paladines más entusiastas Duguit y Politis. Es, empero, después de la segunda contienda mundial cuando puede decirse, con toda razón, que el mito de la soberanía hace crisis total en la ciencia. Es entonces cuando Scelle moteja al Estado de «mera suma de competencias» y Morris Cohen a la soberanía como «máscara que utilizara un día el progreso para tratar de sobrepasar nuestros viejos valores jurídicos». De «archificción» la califica Philip C. Jessup, para quien resulta, por añadidura, imposible y paradójica (4). El mismo Kelsen, que antaño defendiera la soberanía como elemento lógicamente preciso en su estructura formalista del positivismo (5), la abandona en su ulterior avatar americano, como consecuencia de las trágicas experiencias vividas, pues a no otra consecuencia lleva su última tesis de la primacía de lo internacional sobre lo local, equivalente a liberar el Derecho de la brutal servidumbre de la fuerza (6).

El sacrificio de la dogmática de soberanía absoluta no repugna, por lo tanto, a la mentalidad de nuestro tiempo, entroncado, por el contrario, con las mejores tradiciones intelectuales, cristiana, humanista, enciclopedista y socialista. Sigue repugnando, no obstante, a un complejo de sentimientos y prejuicios que ha de costar trabajo vencer, precisamente por lo que tienen de irracionales y sentimentales. Para lograrlo plenamente será menester su sustitución por otros de la misma índole, por no bastar, en términos generales, las armas racionales para vencer sentimientos. Mas, a pesar de todo, no serán impertinentes algunas aclaraciones en tan delicado tema. Y declarar, antes que nada, que no conviene extremar los argumentos ni tratar de hacer tabla rasa de todos los valores clásicos, por así decirlo, del templado nacionalismo y patriotismo. Basta, y no es ello poco, sujetarles a medida y, sobre todo, hacerles perder el virulento carácter de extremismo que en pasadas generaciones adquirieron y que es lo que les presta específica peligrosidad.

No hay por qué derivar, en consecuencia, a soluciones anárquicas no menos arriesgadas que las que se procura corregir, ni de negar un cierto margen de derechos y potestades soberanas a los Estados nacionales, pues lo que de veras importa es acabar con su tendencia al absolutismo, versión pagani-

(4) JESSUP: *A modern Law of Nations. Introduction*, Nueva York, 1949.

(5) KELSEN: *Das Problem der Souveranität und die Theorie d. Völkerrechts*, Munich, 1921.

(6) Es el leit motiv de su magna obra: *The Law of the United Nations*, Londres, 1950. Sobre la compatibilidad con lo judicial, v. *La paz por medio del derecho*, Buenos Aires, 1946, pág. 51.

zante del *Faustrecht* ancestral, de la ley de la selva. Por repetir una bella fórmula de Fernández de la Mora, lo que hay que hacer es sustituir la barbarizante norma de la «razón de Estado» por la humanista de «razón de Humanidad» (7). Esta tiene ciertamente sus fueros, superiores pero no forzosamente contrarios siempre a la de Estado, como el humanitarismo no contradice al patriotismo, ni éste a un sentimiento localista, ni al de amor filial, que es el primario de toda humana colectividad. Todas estas nociones y sentimientos se engarzan y complementan, irradiando del de «autofilia» y propia conservación a círculos cada vez más vastos de «alteregoísmo»: familia, barrio, ciudad, región, nación y humanidad, en clara progresión cultural de ensanchamiento. No llegado aún, en el estadio que nos hallamos y en términos generales, este último peldaño del universalismo, parece oportuna la creación de un eslabón intermedio, que sin duda falta entre lo nacional y lo mundial, y que no puede ser otro que el del regionalismo internacional.

El «patriotismo universal» es y ha sido siempre atributo de espíritus egregios (el *omne solum forti patria est*, de Sócrates, Ovidio, Séneca y Paine) o de cínicos (el *patria est ubicumque est bene*, de Aristófanes), pero el angosto nacionalismo se ha acreditado, a su vez, de insuficiente no ya en lo material, sino hasta en lo espiritual. Con razón estigmatizó Chesterton como bárbara y pagana la locución inglesa del *My Country, right or wrong*, tan absurda, dice, como sostener las afirmaciones de una madre sobria o embriagada (8). Entre ambos términos o territorios, el puente del regionalismo internacional no puede ser más adecuado, como lo fuera antaño el propio nacionalismo para superar localismos de campanario.

El tránsito sentimental de un ámbito inferior a otro superior, para la masa sobre todo, ha de ser costoso y lento, lo que no debe ser motivo de desesperanza, pues acaece en todos los procesos unitarios, aun los más aparentemente «naturales». Muchos años debieron transcurrir después de lograda la unidad política para que un castellano se sintiese compatriota de un aragonés, un bretón de un provenzal o un piamontés de un napolitano. El fenómeno de lenta adaptación sentimental se repite y hasta se acrecienta en las uniones federativas: y así se computó como una hazaña y se repite aún la frase de Patrick Henry, declarando en 1774 en el Continental Congress aquello de *I am not a Virginian but an American!* El tiempo sólo ha de conseguir esta penosa evolución en las masas, pero a los intelectuales corresponde tomar la iniciativa más temprana.

En el caso de Europa, afortunadamente, el factor sentimental no parece

(7) FERNÁNDEZ DE LA MORA: *La quiebra de la razón de Estado*, Madrid, 1952.

(8) CHESTERTON, en *The Defendant*.

que haya de ser el más insuperable, y en parte se ha adelantado a los demás, al político desde luego. El sentimiento de Europa es una realidad olvidada más que inédita, existiendo idealmente hace más de dos milenios y soterrado en las últimas centurias. Incubado en Grecia, institucionalizado en Roma y santificado por la *Respublica Christiana* medieval, infinitas han sido sus empresas comunes, desde las Termópilas a las Cruzadas, estando jalonadas sus tierras de piedras vivas de su espiritual efectividad, del Partenón a las catedrales góticas. Los nacionalismos disgregadores son fenómenos relativamente modernos, obra de los absolutismos barrocos y del jacobinismo republicano y bonapartista, que por sus prédicas y, sobre todo, por los abusos de las campañas napoleónicas, originó una reacción desorbitada, aunque gloriosa, de los sentimientos nacionales, notablemente en España, Rusia, Alemania e Italia. Recuérdese, a este respecto, que en los días de la Santa Alianza el término de «patriota» era sinónimo del de «revolucionario», valiendo políticamente como subversivo. Y los gritos famosos de los apostólicos españoles de «¡Viva el Rey neto, muera la Nación!», que hoy parecen absurdos y blasfemos, pero que, a la sazón, eran lógicos en su postura de integral reaccionarismo.

La obra a realizar por los intelectuales europeos es, pues, ingente, pero no imposible, operando sobre algo que existió y que hay que reavivar más que crear *ex nihilo*. Tiene en su favor, además, elementos muy valiosos, entre otros el de la Religión, que hasta por imperativo filológico —de *re-ligare*— implica vínculo unitario, y el de la Ciencia, por aquel profundo aforismo de Ravel: *La Science est internationale, l'art est national, la betisse seulement est nationaliste*.

Frente a las dos grandes palancas de unitarismo que quedan dichas operan en dirección adversa de disgregación y centrifuguisimo otras múltiples, resumibles en un común denominador de soberbia, llamada nacional, pero que en el fondo no suele ser más que egoísmo ligeramente sublimado. Soberbia que es achaque de intelectuales, pecado diabólico por excelencia y que adquiere las formas y manifestaciones más variadas, engalanadas a menudo de indubitadas bellezas y aparentes grandezas. En él incurrieron grandes espíritus cegados por una falsa perspectiva altruísta o por las inmediateces enanas del amor hacia lo local; entre tantos otros, Demóstenes, campeón del angosto aunque glorioso localismo ateniense, contra el panhelenismo de Isócrates, el filipista tachado, tan sin razón, de antipatriotismo, y Dostoyewski, al predicar que Rusia sólo se comprendía con la fe y no con la razón, oponiéndose con toda la potencia de su vesánico talento a la magna tarea de los Romanovs de europeizar su país. En España, donde el fenómeno se dió con demasiada frecuencia —la lucha de la zamarra contra la toga, de que ha-

blara Eugenio d'Ors—, sus últimos grandes representantes fueron Unáimuno, «morabito máximo», como le llamara una vez Ortega, al propugnar la paradójica «africanización de Europa», y Américo Castro al bucear las más íntimas raíces de lo hispánico en lo semítico-oriental.

Claro es que al lado de tan geniales desertores del gran ideal de unidad son legión los europeos «conscientes» no solamente por haber defendido tan alto ideal, sino por haberse situado naturalmente dentro de él, en virtud de su propia dimensión espiritual extraña a toda valla o lindero. Baste citar, entre los nombres españoles de última hora, los de Díez del Corral y Sánchez-Albornoz. Es más, a veces se da el caso de que nacionalistas acérrimos como los nombrados Dostoyewski y Unamuno son universales o, por lo menos, europeístas *malgré eux*, como el enfermo de Molière. En cambio, tampoco escasean los internacionalistas, por decirlo así, «profesionales», que abocan por su misma insuficiencia o fanatismo al más cerrado y obtuso nacionalismo, como fué el caso de Lenin, también, sin duda, *malgré lui*. Los ejemplos citados, entre tantos que fácilmente pudieran allegarse, prueban la dificultad de la empresa y el sumo tacto que hay que poner en ella y, sobre todo, en la elección de modelos. Pues son dos, fundamentalmente, los enemigos que acechan: de un lado, los pesimistas, encastillados en la presunta imposibilidad de mudar lo existentes; y del otro, los excesivamente optimistas impacientes, empeñados en utópicas entelequias de integral universalismo para el que la madurez cultural es evidente que no ha llegado todavía.

Se acaba de aludir al tradicionalismo como presunto factor de reacción contra el ideal integrador, y así es, entendiendo por tradición la inmediata ochocentista tan pagada del mito de las nacionalidades que Mancini erigiera en panacea salvadora de todos los males de la humanidad. Pero aquí es preciso hacer importantes salvedades y erigir contra tan cercana tradición otras más lejanas e infinitamente más gloriosas, pues como ya se apuntó, el europeísmo es asimismo una tradición que bastará resucitar y estructurar, no inventar. Hay, pues, factores tradicionales que por ello abogan momentos estelares que pueden y deben servir como ideales de integración y que, por aparente paradoja, han coincidido en no pocas ocasiones con determinados siglos áureos nacionales, sirviendo, pues, para demostrar su compatibilidad a condición de conjugar armónicamente ambos sentimientos.

Como primer momento estelar del europeísmo y quizás como su sustrato fundamental, cuenta lo griego, hasta el punto que Nietzsche pudo señalar proféticamente como tarea primordial de Europa la de continuar a Gre-

cia (9). La Europa helénica, tanto la voluntariamente unida en las anfictionias y juegos como la unificada imperialmente por Alejandro, vale como el primero y más perfecto paradigma de federación europea, pese a divergencias raciales, lingüísticas y aun religiosas bastante diferenciadas y una geografía favorable cual ninguna a la más anárquica dispersión. Su aglutinante fué puramente el de la cultura, el sentido de una empresa común y, en lo político, la sensación de peligro frente a un mundo extraño y hostil. El factor griego volvió a operar como un nuevo milagro en el pasado siglo, cuando el pleno auge del mito de las nacionalidades, y en parte sirviéndole, aunó los esfuerzos y sentimientos de Europa para la liberación de Grecia del yugo turco, una de las más bellas y románticas empresas europeas del ochocientos, arrullada a la vez por los versos de Byron y por los cañones de Navarino. Y aun hoy día la visita a Atenas es una verdadera cita de amor para todo europeo culto, que en ella encuentra su perdido solar espiritual, olvidando rencillas y querellas fratricidas y partidistas. Pruebas de ello lo son aquella inmortal plegaria de Renan en la Acrópolis y el beso de Maurras a la columna de los Propileos. En un altozano del arrabal ateniense de Colona —patria de Sófocles— se elevan dos sencillos monumentos sepulcrales de mármol pentélico, erigidos a dos sabios helenistas muertos en la ciudad de sus afanes: el francés Lenormant y el alemán Otfried Muller. Su vecindad en tan glorioso recinto, a la sombra de los olivos de Minerva, son como un feliz augurio de esa hermandad helénica que Nietzsche augurara para Europa, y cuyas palabras pudieran muy bien servirles de común epitafio.

Otro gran momento de unificación, de mayor amplitud y más vigorosa estructura institucionalizada, fué el de Roma, comenzado, sin duda, por la fuerza, pero continuado y conservado por idénticos factores de cultura, y quehacer comunes, cristalizados en la maravilla perenne de su Derecho, tan vivo y nuestro como las formas de los mármoles áticos. Si se rompió aquella unión fué, en parte, por la suprema sinrazón de la fuerza, pero asimismo por exceso de ambición universalista, al tratar de incorporar a su estructura patrimonial natural dominios exóticos que infiltraron en su seno letal veneno. Inútil insistir sobre la inmensa contribución del Derecho romano al europeísmo, puesta de manifiesto en tantos trabajos magistrales, desde el capital de Koschacker (10) al tan reciente de Erik Genzmer (11).

(9) NIETZSCHE: *Menschliche, allzumenschliche*, I. Aforismo 475, *in fine*; por cierto haciendo campeón del occidentalismo europeo al judaísmo.

(10) KOSCHACKER: *Europa und das röm. Recht*, 2.ª ed., 1933; traducción española en la Ed. Revista de Derecho Privado.

(11) E. GENZMER en su conferencia *Il Diritto romano como fattore della civiltà*

Consecuencia inmediata del helenismo y el romanismo, el Renacimiento fué también otro gran elemento de integración europea, en lo que tuvo de Humanismo, culminante en Erasmo y en la Escolástica salamantina y coimbricense, que supo dar base filosófica a la amorfa *Respublica Christiana* medieval. Pudo, ciertamente, llegar a más, a no haberse entreverado con el magno movimiento de restauración de los valores humanos unitarios, los coetáneos centrífugos del Protestantismo y el Absolutismo cesarista, que fueron los que desgraciadamente prevalecieron en consumir la disgregación europea, siquiera en lo político. Otro tanto puede decirse del Iluminismo, henchido de nobles ideales de cohesión y factor sentimental del uniforme *monde poli*, subsistente a través de las turbias apetencias y rivalidades locales. También fueron éstas las que políticamente se impusieron, al abocar al jacobinismo de la Revolución francesa, que, como nueva diosa Jano, tuvo doble faz orientada a las dos contrapuestas direcciones, prevaleciendo la nacionalista en la fase bonapartista.

Al lado de estos factores inequívocamente eficientes en la lenta, pero segura, tarea unificadora de Europa, quedan por examinar otros dos de suma importancia, bien que de signo equívoco, frecuentemente computado como contrario: el germanismo y el cristianismo.

Por lo que atañe al germanismo, es un lugar común, o lo ha sido hasta hace poco, la afirmación de su maligno genio secesionista, operante, sobre todo, en dos ocasiones decisivas: una al destruir con las invasiones nórdicas la magna unidad del Imperio romano, y otra, diez siglos más tarde, al dar al traste con la otra gran unidad católica, merced al movimiento de la Reforma. El grito de ¡*Los von Rom!*, que se repite desde los bosques de Teotoburgo a las soflamas hitlerianas, ha sido valorado por Croce, con la casi común opinión europea, como el más característico factor ideal y material de dispersión y secesión del Occidente (12). Bien que haya un incuestionable fondo de verdad en esto, el argumento ha sido frecuentemente exagerado con fines polémicos, como la historia más reciente y desapasionada se va encargando de demostrar (13). Es una de las tareas más urgentes y elevadas de

europea, Trieste, 1954, y en *Festschrift f. Laun*, Hamburgo, 1953. En España es de señalar la múltiple y valiosa labor realizada en el mismo sentido por el gran romanista Alvaro D'ORS.

(12) CROCE: *Il dissido spirituale della Germania con l'Europa*, en «Europa und Deutschland», 1945.

(13) Así, el francés TIMBAL, observando que respecto a las colonizaciones germánicas el nombre de «invasiones» se acuerda mal con la realidad, por tratarse generalmente de «pacíficos establecimientos» (en *Cours d'histoire du Droit*, 1952, pág. 30). Asimismo, otro francés, F. GANSHOF, objeta el nombre de «bárbaros» dado a los pue-

los historiadores, los del Derecho notablemente, como propugna con el ejemplo el profesor Hans Thieme, la de revisar tales conceptos y, caso necesario, cooperar a su superación en un sentido unitario (14). Pues aunque fueren enteramente ciertos los reproches de secesionismo germánico, como quiera que el germanismo existe y es fatalmente inseparable de lo europeo, lo único que cabe hacer es laborar por su compatibilidad y aun por su armonía con lo greco-romano, acabando de una vez para siempre con la criminal hemiplejía de que Europa secularmente adolece y que ha sido la más segura culpable de su ruina. Al fin y al cabo, por diversas que aparezcan a veces las formas y contradictorios los fines, en el fondo todo se auna, sobre todo cuando la comparación con lo extraño se impone. Frente a una pagoda india o un ídolo africano resaltan con meridiana claridad los vínculos fraternos de la catedral de Colonia y San Pedro de Roma o los perfiles de las vírgenes de Bamberg y las cariátides del Erechteión ateniense. Como en las horas de angustias para la civilización europea común juntos cayeron germanos y latinos en los Campos Catalaúnicos, en Poitiers y hasta en las callejas de Pekín, en las jornadas ochocentistas de la insurrección boxer.

En lo que al Cristianismo respecta, el problema es aún de mayor envergadura y de dimensiones más complejas. Difiere del caso del germanismo precisamente en la tendencia opuesta, pues en tanto que éste obró constantemente como factor de disgregación, en pro de su superioridad hegemónica, el Cristianismo sirvió ideales de superación unitaria, al servicio de la suprema tarea de la hermandad entre los hombres del orbe. Únicamente emparenta episódicamente lo cristiano a lo germánico su común participación en el hundimiento y disgregación del Imperio romano. Tal cometido histórico, que indujo a Nietzsche a condenar indiscriminadamente ambos movimientos, cesó de un modo rotundo por lo que el Cristianismo respecta, y no sólo cesó, sino que se trasmutó en un incesante anhelo de recobrar y acrecentar la unidad perdida; se trató, por lo tanto, frente al Imperio romano destruído, de un mero desplazamiento de valores, de un signo ecuménico. Se ha dicho muchas veces, casi siempre en sentido peyorativo, que la Iglesia es implacable enemiga del Estado y de su derivado sentimental, el nacionalismo; pero lo que una determinada perspectiva pudo suponer una censura, repetida por los cesaristas desde Federico II a Bismarck, es en otra

blos germánicos, que coloca siempre entre comillas en su *Histoire des relations internationales*. T. I. *Le Moyen Age*, París, 1953.

(14) H. THIEME, en el discurso de apertura del Congreso de Derecho Comparado en Munich, el 28 de julio de 1954, traducido por mí para la *Revista de Derecho Privado*, bajo el título de *Unidad y pluralidad en la historia del Derecho europeo* (en curso de publicación).

un mérito insigne, que es lo que sucede en la actual coyuntura histórica, de superación del localismo. Mas llegados a este punto es cuando surge una nueva dificultad, nacida precisamente de esa constante voluntad universal y fraterna que es postulado inquebrantable del credo cristiano, ya que en bella frase de Maritain «Cristo murió para salvar Oriente y Occidente».

Adscribir lo cristiano a un sector cultural determinado es, sin duda, empujarse a su trascendental y sobrehumana misión. Sin embargo, forzoso es reconocer que, siquiera en lo meramente humano, el Cristianismo tuvo, como realidad histórica operante, su plataforma en los precisos lindes de lo europeo, nutrido culturalmente por los legados de lo greco-romano, con centro espiritual y político en Roma, lengua latina litúrgica, derecho canónico unitario y supremacía del natural sobre el angosto localismo del positivo. Que el fin último del Cristianismo no sea una determinada demarcación geográfica o cultural, como Europa, sino el mundo entero, ello no es óbice para que en un determinado momento del trayecto haya servido y sirva para la unidad europea, siquiera sea para superarla en el universalismo. No otro, en definitiva, es el propósito del europeísmo actual, que tampoco considera agotados *ne varietur* sus ideales en dicha realidad, ni la opone cerradamente a ulteriores progresos, considerados hoy por hoy prematuros, pero siempre deseables.

Ante los objetivos universalistas del Cristianismo, compartidos en la actualidad por otros credos de la misma dimensión, cabe demandar y aun objetar si el europeísmo no será, a su vez, un ideal demasiado reducido en sus dimensiones y, como tal, un obstáculo para las otras metas más ambiciosas y perfectas. No lo creo así, pues aunque éstas permanezcan vivas para honor del espíritu humano, la experiencia más elemental nos demuestra que cada etapa de progreso ha de ser lograda sucesivamente y por sus pasos contados. Los demasiado ambiciosos y optimistas no son, en este sentido, menos peligrosos, por su utopismo, que los tradicionalistas y pesimistas, por su aferramiento al *statu quo* reinante. Sobran en la historia más reciente los fracasos de aquellos propósitos demasiado vastos de integración mundial, y forzosamente hay que confesar que, pese a todos los adelantos de la técnica, el mundo es todavía demasiado grande y diverso para ensayos de tal índole. Cuando se tocan tan de cerca las dificultades ingentes con que tropieza cada día la relativamente modesta tarea de la unión europea, sobran las razones para desesperar de la universal, al menos en las circunstancias por las que actualmente atravesamos.

En el mismo plano de impaciencia se sitúan los que arguyen, contra la estructura de la unión europea en curso, el limitado marco de su efectividad. Lo es, ciertamente, ya que en el Tratado de Roma de 25 de marzo

de 1957 contó en su seno inicial tan sólo seis naciones, dejando fuera de ella vastas áreas de lo europeo, cuya ausencia se ha de hacer sentir en todos los órdenes espirituales y materiales. Más reducida que el Pacto Atlántico y que el *European Council* de 1949, la unión que nació bajo tan humildes auspicios puede conseguir, sin embargo, lo que tantos dilatados proyectos no lograron, puesto que, en definitiva, las mayores y mejor logradas realizaciones de este tipo comenzaron en reducidas proporciones, mucho menores que las de la Europa naciente, siendo la homogeneidad y la común determinación en un objetivo determinado la mejor garantía de su éxito. Para mucho abarcar y poco apretar basta la institución de la ONU, por lo demás útil también en su respectiva esfera.

Lo logrado, por otra parte, no lo es a puerta cerrada, sino abierta de par en par a ulteriores adhesiones, que, por cierto, hay que desear quizá que no sean demasiado apresuradas, por cuanto que lo cualitativo y, sobre todo, lo homogéneo, han de ser condiciones preferidas a lo meramente cuantitativo y de aluvión. No hay que exagerar, además, la exigüidad de lo que algunos han llamado un tanto burlescamente Microeuropa, que cuenta en su haber más de un centenar y medio de millones de habitantes, en parangón, pues, con los dos colosos americano y soviético, y con posibilidades económicas y técnicas del más subido valor; pero no es de estos factores materiales de los que me estoy ocupando aquí. Más importa, en lo ideal, que comulguen en ese nuevo bloque determinados países cuya oposición ha sido secular factor de disturbios e incomprensiones sin cuento. Francia y Alemania, en primer término, símbolos de una rivalidad que en el transcurso de un siglo ha puesto a Europa en trance de perecer. Alemania e Italia, en fin, representantes más genuinos del germanismo y la latinidad, genes preciosos ambos de lo europeo, tantas veces distanciados, sin embargo, hasta ser elevados suicidamente a la categoría de valores incompatibles. Se dirá, quizá, que nada de esto cuenta, puesto que, al fin y al cabo, la unión europea persigue concretos y determinados propósitos económicos, siendo su bandera el Mercado Común. No estimo, pese a tal confesión, que lo ideal esté ausente de su marco de acción, y quizá el no confesarlo paladinamente sea a la larga una prenda de felices resultados. Es, al menos, augurio de ello, pues sobradas son las ocasiones en que los limitados y concretos objetivos son los que se imponen y trascienden a lo espiritual, en tanto que las declamaciones y pomposas declaraciones de altísimos principios acostumbra a durar lo que las burbujas del champán en los brindis donde se proclaman. A nadie se oculta que ese modesto «Mercado» ha de servir para algo más espiritual y trascendente que la redacción de determinadas tarifas aduaneras, que por cierto fueron también el vulgar cañamazo en que se tejieron

esos prodigiosos tapices de las confederaciones norteamericanas y alemana en los siglos XVIII y XIX.

Por lo que toca a las «ausencias», es punto de suma importancia, pero que no debe servir de argumento a la desesperanza, dado que las cooperaciones básicas y más difíciles de conciliar han sido ya conseguidas. Las demás han de lograrse asimismo, pues lo que a ello se opone es meramente episódico, de intereses momentáneos o de peculiaridades políticas que el tiempo y las necesidades se encargarán de vencer, sobre todo si, como es de esperar, la unión existente da los apetecidos frutos. Por lo que se refiere a lo hispánico, idealmente no ha de constituir impedimento alguno a la unión, puesto que su genuinidad es propinqua como pocas a todo lo ecuménico, como lo demostrara cumplidamente su historia gestadora de mundos y artífice incansable de unidad. Maeztu señaló como signo entrañable del nacionalismo español su vocación universalista y su despego por lo territorial, que fué quizá causa de la fragmentación material de nuestro Imperio, pero que tiene las más profundas raíces en nuestra idiosincrasia y aun en nuestra teología (15). Por eso precisamente la presencia de España, el día que llegue, ha de servir, más que de rémora, de acicate hacia empresas aún más amplias y generosas.

En cuanto a la ausencia de lo británico, la causa es meramente de táctica imperial-económica, ya que Gran Bretaña, pese a su insularidad, es totalmente europea en cada uno de sus aspectos verdaderamente vitales. Si se distanció de Europa fué por exceso de vitalidad, poderío y riqueza; pero a ella ha de tornar tan pronto como las deserciones imperiales se consumen. No lo impide lo político ni menos lo ideológico, sino detalles de acoplamiento de mercados, como lo prueba el hecho de que habiendo formado en el «Consejo» desde 1949, se haya retraído de hacerlo en la Comunidad del Carbón y el Acero y, hasta ahora, del Mercado Común y de la Euratom.

Queda aún como suprema e inquietante incógnita la del mundo eslavo, unificado hoy *volens nolens* bajo la férula de la Rusia de los soviets. Nadie duda que en la coyuntura presente su ausencia de la unión europea sea un imperativo impuesto por su propia evidencia, pese a que con ello se reafirme la escisión del continente en dos irreductibles secciones, como por lo demás lo está el mundo. Es más, la tremenda realidad de la U. R. S. S., con sus amenazas inmediatas o mediatas, agudas o latentes, ha sido y será por bastante tiempo la circunstancia más visible, aunque inconfesada, que sirve de revulsivo a la naciente unión, de netos perfiles occidentales y liberales. La más visible, digo, aunque no la única, puesto que la idea es harto

(15) MAEZTU: *Defensa de la Hispanidad*, passim, singularmente en pág. 275.

anterior al episodio político de la revolución bolchevique y no está supeditada a las contingencias de un régimen determinado. No soy de los que piensan en la certeza de un fatal divorcio eterno entre lo ruso-eslavo y lo europeo, creyendo, más bien, que lo de las horas asiáticas y mongólicas es un mero *slogan* político, y como tal ocasional. Recuérdese, a estos efectos, el contrario y decisivo papel que la Rusia de Alejandro I desempeñó en la Santa Alianza, como adalid de las tradiciones europeas a la sazón tenidas como más esenciales. Que la raza caucásica es posiblemente la cuna étnica de lo más puramente europeo. Y que, en fin, las grandes creaciones científicas y artísticas rusas cuentan entre las más insignes del acervo cultural de Europa, de las que es insensato renegar por un episodio político necesariamente perecedero. Sí es cierto, en cambio, y demasiado evidente, que por servir a ello Rusia ha traicionado su destino europeo y aun la mínima solidaridad de raza blanca, desertando hacia el oriente asiático y africano en busca de dóciles instrumentos de subversión mundial, sirviendo a su expansionismo imperialista. Deserciones lamentables, pero que, en fin de cuentas, no son inéditas en la historia, como lo prueban, entre tantos ejemplos, el del Rey Cristianísimo Francisco I, aliado al Gran Turco, y, en nuestros días, el del Pacto de Hitler con Stalin. De todos modos, es claro que en esas condiciones Europa ha de mantenerse distanciada y hasta vigilante frente a ese portillo abierto a sus seculares enemigos, que no es precisamente Rusia —la eterna—, sino lo que en el momento presente representa y lo que tras de ese nombre acecha. Pues no es imposible que un día, quizás menos lejano de lo que parece, el despertar de Asia, consciente de su fuerza acrecida por la técnica, sienta una vez más la ancestral llamada hacia Occidente. Y entonces, ante el decisivo peligro común, Rusia se arrepienta de su deserción —repetiendo las lamentaciones del «Aprendiz de brujo»—, retornando al seno de Europa, a la que tantas veces sirviera de baluarte y volverá fatalmente a servir, la terrible ocasión llegada.

¿*Quid* ahora, en lo que respecta a la posición de Europa frente a América? El tema es apasionante, puesto que esbozada la de divorcio con Rusia, una elemental preocupación por la simetría parece abonar por la misma actitud con su poderoso rival; lo que valdría tanto como adscribirse a la tan debatida «tercera fuerza», reforzando el neutralismo a lo hindú. Si ello puede o no convenir en lo político o en lo económico es cosa harto controvertible, pero que no afecta a la temática aquí propuesta. Contemplando los factores ideales, el asunto se simplifica, pese a la aparente oposición de lo geográfico, que parece invitar al distanciamiento. Fué Paul Valéry quien en una interrogante famosa afirmó que la realidad física de Europa es la de ser «una pequeña península del Continente asiático», y en lo ideal «la perla

de la esfera» (16). Pues bien, la divergencia entre lo geográfico real y lo cultural se afirma del modo más rotundo en el binomio actual de lo europeo y americano. Es un caso de pugna entre Geografía e Historia, en que ésta aparece como vencedora, justificando ser campo en que opera la Providencia con más certeza que en el opuesto, hasta mostrar, por ejemplo, que el cauce del Oder es más profundo e insalvable que el del Atlántico... Pues Europa es actualmente más una idea intuída que una realidad sensorialmente palpable. En todo caso, la «pequeña península del Continente asiático» se ha prolongado gigantescamente más allá de los océanos, creando, sobre todo, la magna realidad geo-cultural de América, la Magna Europa de que debemos sentirnos tan orgullosos los europeos como los helenos se sintieron de la Magna Grecia itálica. *Half brother of the World* la llamó el poeta inglés Bailey, mientras que un político imperial de la misma nacionalidad, George Canning, le asignó el alto papel profético de restablecer el orden en el Viejo Mundo (en el *King's Message*, de diciembre de 1826).

En modo alguno, pues, la unión europea ha de surgir en oposición a la americana, sino en entrañable acuerdo con ella, por cuanto que es hija de su sangre y de su espíritu, su «creación» más lograda y paradigma elocuente de lo que puede llegar a ser Europa decidida a desprenderse de sus atavismos y fratricidas rivalidades. A no mandar todavía con demasiada fuerza tiránica la geografía, pudiera pensarse en una «Euroamérica» unitaria de que la NATO es precursora en lo puramente defensivo. Por ella propugna el espíritu, mientras que la materia ciega tiende a la otra tremenda realidad de la «Eurasia». Es de suponer y desear que, en la disyuntiva, se imponga la primera tendencia, por imperativo de lo espiritual sobre lo material.

La unión europea, separada de la americana, ha de coordinarse con ella en el sentido de bastarse a sí misma, sin ser la carga que ha venido siendo en los últimos tiempos, en daño definitivo para ambas comunidades. Pero conservando en todo evento la preciosa e insustituible tarea de defensa de una civilización común y de las esencias de la libertad humana, que las secesiones y no las uniones son las que ponen en riesgo. Sin el ejemplo de América, Europa tendría ahora sobrados motivos para caer en la más negra desesperanza y aun para resignarse a su aparente sino crepuscular, ante la subversión de valores imperantes en gran parte del orbe. Es su presencia y pujanza la que mantiene vivos sus anhelos, contemplando en ella, como en un espejo, lo que su genio común es capaz. A lo largo de este estudio han abundado las ocasiones de acudir al paradigma americano para defender la nueva y difícil experiencia en que Europa se halla empeñada. Permí-

(16) En *Crise de l'esprit*, 1919.

taseme concluir con otra referencia ilustrativa de la compatibilidad de lo nacional y lo unitario, que parece inconciliable, pero no lo es: la del lema *e pluribus unum*, que figuró en el sello de la revolución norteamericana, tan celosa de las esencias nacionales como de las unitarias, y cuya conjunción fué el «milagro» americano. Y no se olvide, por último, que aquel lema de un puñado de «ingleses rebeldes» había sido enunciado catorce siglos antes por uno de los espíritus europeos más egregios, el «africano» San Agustín, en el *ex pluribus unum facere* de las *Confesiones* (17).

ANTONIO QUINTANO RIPOLLÉS

Magistrado del Tribunal Supremo

(17) SAN AGUSTÍN: *Confesiones*, lib. IV, 8, 13.